

LA DOCTRINA MONROE Y EL IMPERIALISMO YANQUI

Ponencia presentada al Tercer Congreso Internacional Femenino

La declaración hecha por James Monroe en el Congreso de los Estados Unidos el 2 de diciembre de 1823, famosa luego con el nombre de Doctrina de Monroe, se encuentra sintetizada en el párrafo del mensaje que dice: "Los países americanos no podrán en adelante servir de campo a la colonización futura de las naciones europeas, y habiendo sido declarada la independencia de las naciones de América, no se podrá mirar la intervención de un poder europeo con el fin de deprimir las o de controlar sus finanzas de cualquier manera, más que como la manifestación de sentimientos hostiles hacia los Estados Unidos". Esta doctrina, que se presentaba en sus orígenes como una firme y segura garantía para las nacientes nacionalidades latinoamericanas contra los avances del imperialismo europeo, se halla desde hace ya mucho tiempo totalmente desvirtuada. La formidable expansión económica de los Estados Unidos, ha desarrollado en ese país una verdadera oligarquía capitalista, cuya fiebre de dominio no se detiene ni ante los manejos dudosos y hábiles como en el caso de Panamá, ni ante la intervención armada como en los recientes sucesos de Nicaragua. De aquí que a poco de enunciada, la doctrina de Monroe se convirtió en un instrumento de imperialismo, fácil de esgrimir y de resultados seguros.

Sus fundadores (1) la enunciaron sin ocultar que era ella una defensa de los mismos Estados Unidos, para los cuales hubiera representado una amenaza el establecimiento de una potencia europea en cualquier punto del continente americano. Tal fundamento no constituye, por cierto, una tacha, desde que toda política es por esencia pragmática y realista. La política que se declara y quiere presentarse como absolutamente idealista, es ya, en sí misma, una mentira. Pero fuera de ese necesario tributo a la realidad, cabe afirmar que hubo también en la declaración hecha por Monroe mucho de solidaridad continental y de honrado propósito de cumplir con lo que se afirmaba. Los Estados Unidos eran, en 1823, una nación pobre, sin mucha, o por mejor decir, con muy poca importancia en el comercio mundial; sus hombres de Estado pertenecían al tipo clásico de fines del siglo XVIII, nutridos de humanitarismo, de libertad y de independencia en los filósofos y los enciclopedistas, caracteres a los que hay que añadir la mentalidad rígida y austera del primitivo puritanismo estadounidense. No había, pues, ningún factor económico ni de ideología, que pudiera inducirles a proclamar con la fórmula resumida en el leucóneo "América para los americanos", una política de exclusivo aprovechamiento y de conquista.

Pero aquella situación originaria cambió luego muy rápidamente y la política exterior de Estados Unidos no ha dejado lugar a dudas acerca del significado que dan a la fórmula de Monroe. Las naciones europeas no pueden hacer colonias de las naciones de Latinoamérica, porque esta tarea está reservada exclusivamente a los Estados Unidos. En la actualidad y aun desde hace ya muchos años, ninguno de los países latinoamericanos puede llamarse a engaño sobre esta cuestión, ni ver en Estados Unidos otra cosa que lo que realmente es: una potencia peligrosa por su riqueza y su fuerza extraordinarias, dominada por un capitalismo rapaz, que por medio de una política abiertamente imperialista, pretende usufructuar como dueña todo el Continente.

Cuando la desproporción de fuerzas es muy notable, como en los casos de México y Nicaragua, les arrebató por la fuerza aquello de que quiere apoderarse, sin perjuicio de seguir luego ejerciendo sobre ellas un protectorado no por oculto menos real; y cuando la nación es ya más grande como la nuestra, entonces esgrime la más temible de las armas y comienza la penetración pacífica y la conquista económica.

Es ya larga la lista de atropellos he-

chos por Estados Unidos a las naciones de Latinoamérica, y no haremos aquí más que enunciar los principales. Apenas un cuarto de siglo después de la proclamación de la doctrina, el tratado de Guadalupe Hidalgo ponía fin a la guerra con la cual Estados Unidos arrancaba a México una gran extensión de su territorio, aprovechándose de una época desgraciada de su historia y sancionada el infame despojo de Texas, Nuevo México y Alta California, de que fuera víctima esta nación. El atropello contra México tuvo todas las características brutales de una conquista hecha con las armas en la mano; para despedazar a Colombia, los Estados Unidos procedieron con mayor hipocresía y mucha cautela, verificándose el despojo exclusivamente por manejos y declaraciones diplomáticas, sin excepción la presencia de unos cuantos bar-



NYDIA LAMARQUE

cos yankees en los puertos atlánticos y pacíficos de Panamá, encargados de hacer representar a los inconscientes nativos, una sombra de levantamiento necesaria a los torcidos intereses de los Estados Unidos. Desde el tratado firmado en 1846 con la República de Nueva Granada (hoy Colombia), garantiendo la soberanía de esta última sobre el Istmo de Panamá, Estados Unidos no descansa, firme en su propósito imperialista. El ministro Blaine, en 1881, declaró "que cualquier vía navegable al través del Istmo de Panamá o del de Nicaragua, había de ser el gran paso entre el Atlántico y los Estados de la Confederación Americana de la costa del Pacífico, y que la ejecución de esa empresa debería perfeccionar la línea de las costas norteamericanas, debiendo pertenecer al dominio de los Estados Unidos por esa misma razón." Viene después el tratado de Paucotote-Hay, que anuló el tratado de Clayton-Bulwer, en 1902, el acuerdo entre el gobierno de los Estados Unidos y la Compañía francesa sobre la venta de la concesión para construir el canal, y finalmente en 1903 el convenio Herrán-Hay, "ad referendum", al que el Senado colombiano, no obstante su obsecuencia, no quiso dar su aprobación. Tres días después de la irrisoria insurrección hecha exclusivamente por los barcos de guerra yankees, el gobierno estadounidense comunicaba a Colombia que no permitiría ninguna acción contra la República de Panamá, a la que reconocía; y ésta pasaba a ser de hecho una colonia de los Estados Unidos.

Hay que mencionar también, siquiera sea de paso, la aventura que duró cuatro años, de 1856 a 1860, del filibustero estadounidense William Walker que puso en peligro por primera vez la independencia de Nicaragua, y que dio origen también a uno de los primeros movimientos de defensa de los países latinoamericanos, el convenio firmado por los representantes de Washington de Colombia, Guatemala, San Salvador, México, Perú, Costa Rica y Venezuela, por el cual se hacían las repúblicas contratantes recíproca garantía de la "integridad, independencia y soberanía de sus territorios" y se resolvía la reunión del congreso de Lima.

Cuando Walker, con su banda de aventureros, aprovechándose de la anarquía reinante en toda Centro América, logró

adueñarse del poder tituló presidente de Nicaragua, el presidente Pierce no vaciló en reconocer semejante gobierno y recibir oficialmente su representante. Son de subrayar, por cierto, los conceptos vertidos a raíz de ese reconocimiento por el ministro del Perú en Washington, en nota de 8 de septiembre de 1856, pasada al gobierno de los Estados Unidos. Expresa en ella que tal reconocimiento "hace que el gobierno peruano considere los acontecimientos de que hoy es teatro la América Central, como el principio de una opresión contra la nacionalidad de todas las repúblicas hispanoamericanas; porque ese reconocimiento, aun sin otros actos oficiales y recientes del Ministro de los Estados Unidos en Nicaragua, equivale a una declaración formal en favor de las ideas políticas que en los Estados Unidos dan origen a esas expediciones, y que atacan en su base otros principios sin los cuales no habría paz y armonía... etc."

Las Grandes Antillas han pagado también su tributo al imperialismo yankee. Después del tratado de París que terminó la guerra por su desgraciada independencia, Cuba quedó bajo el mando de un gobernador general estadounidense, y a raíz de la Constitución votada en 1901 por la Asamblea Constituyente, las cámaras de los Estados Unidos votaron la enmienda Platt, que imponía "algunas condiciones" para el reconocimiento de la independencia cubana. Estas condiciones que hay que enumerar, porque son verdaderamente demostrativas de la política estadounidense, eran las siguientes: Limitación del derecho de Cuba a celebrar tratados y administrar su hacienda; obligación de observar medidas sanitarias; no resolución del dominio de la isla de Pinos; derecho de intervención de los Estados Unidos en las cuestiones internas e internacionales de Cuba; venta o arrendamiento a los Estados Unidos de los terrenos necesarios para establecer estaciones navales y depósitos de carbón. Esto, como claramente se ve, era la anexión de hecho más ultrajante aún por el reconocimiento del derecho inexistente; pero ello no bastaba aún a la ambición imperialista. Y entonces se firman los dos tratados de La Habana, por el segundo de los cuales Cuba cedía a su desinteresado protector, estaciones carboníferas y navales en Bahía Honda y Guanabaco, y, finalmente, el tratado de reciprocidad comercial de 1903, cuyas cláusulas cerraban el mercado cubano al comercio europeo, limitándolo al intercambio con los Estados Unidos. Desde entonces la tierra de José Martí no fué y no sigue siendo más que una nueva colonia del insaciable gigante imperialista. En cuanto a Puerto Rico, su historia es más rápida, pero en virtud del mismo tratado de París, pasó a ser propiedad de los Estados Unidos en cuyo poder continúa.

Son estas muy brevemente reseñadas las principales hazañas del imperialismo, pero aun queda su segunda intervención en Nicaragua, siempre con la mira de un nuevo canal de Panamá, su ocupación de Haití y Santo Domingo, y su descarada y continua ingerencia en todo de amo, en todos los asuntos políticos y económicos de México y Centro América, y finalmente el último y reciente ataque a la desventurada Nicaragua, a la que el heroísmo de algunos de sus hijos no sirve de nada frente al poder gigantesco de su enemigo.

Este podría ser el capítulo de cargos presentado por la América Latina contra su pretendida "protectora" del norte, pero hay más, porque esa doctrina que debía servir para proteger las jóvenes nacionalidades americanas de la voracidad europea, no ha encontrado nunca ocasión bastante buena como para tomar esa defensa, salvo en los casos en que la previsión política imperialista veía tras de la protección una buena presa en el prototipo.

Si hubiera necesidad de poner un ejemplo—que no la hay, pues toda la historia de América es un testimonio de la veracidad de este aserto—bastaría con citar nuestro propio caso. Cuando los ingleses en 1823, diez años apenas después de la enunciación de la doctrina, arrebataron a la República Argentina las islas Malvinas, fundados en el antiquísimo y simplísimo "quia nominor leo", tal iniquidad debió mover los Estados Unidos a salir en nuestra defensa, tanto más cuanto que el derecho argentino era claro y patente como la luz del día. Pero los

Estados Unidos alegaron que los ingleses, al ocupar las Malvinas, hacían valer un título, vago título que nunca pudo especificarse, y dada nuestra debilidad quedó consumado el asalto sin más protesta que la periódica del gobierno argentino ante la cancillería de Londres.

No hay necesidad de citar más casos: la doctrina de Monroe, instrumento de imperialismo, no sirve ya para engañar a nadie y de hecho ha caducado irremisiblemente.

Los mismos Estados Unidos han dado el más rotundo mentís al famoso "América para los americanos", al intervenir en la nefasta guerra del año 14, con el objeto de salvar su oro comprometido seriamente por las operaciones bélicas. No los llevó un ideal humanitario, lo que podría ser una disculpa, puesto que contemplaron impasible los primeros actos de la tragedia al desarrollo de la cual habían comercialmente contribuido; los liberos, como siempre, ese afán de riqueza y poderío con que una plutocracia tonaz está, hace ya tanto tiempo, avienando a uno de los pueblos de América.

Con este último hecho no queda ya ninguna duda—si es que había alguna—de que la doctrina de Monroe ha muerto integralmente. Queda sólo sobre las ruinas de ese edificio que no llegó nunca a levantarse, el imperialismo agresivo y siempre creciente ante el que sería criminal permanecer con los brazos cruzados. Creer que los países más ricos y más florecientes, como la Argentina y el Brasil, se hallan libres de ese peligro, es ingenuo; precisamente, el sonado asunto del petróleo ha constituido el toque de alarma para los que aun no querían ver las redes, mientras más difíciles de tender más peligrosas, porque hay que poner en ellas más inteligencia. Ya no por solidaridad, por egoísmo, deben las grandes naciones americanas luchar contra el imperialismo yankee. Por lo demás, el estado actual de Centro América, de la que desgraciadamente no es aventurado afirmar que se halla en total bajo el protectorado estadounidense y todo el desarrollo de la política internacional de esta potencia nos demuestra que nos hallamos en presencia de un imperialismo que sigue los mismos lineamientos del romano. A semejanza de la antigua Roma, que dejaba a los países conquistados la apariencia de su libertad, ejerciendo tan sólo de hecho su dominio objetivado en el pago del impuesto y el tático reconocimiento de la preponderancia del Imperio, los Estados Unidos se preocupan especialmente de colocar sobre sus víctimas la máscara de una independencia meramente nominal, que embreme su situación verdadera. Semejante conquista, hábil y sabia por lo demás, lo mismo puede llevarse a cabo con un pequeño estado inermes, que con uno grande, rico y civilizado. De aquí que la defensa sea hoy más necesaria que nunca.

De los gobiernos nada hay que esperar en ese terreno, pues la mayoría tienen las manos atadas por los intereses económicos y la diplomacia, cuando no ofrecen un espectáculo desolador como el de Nicaragua; si bien es justo hacer lugar a una excepción para nuestro gobierno actual, que con un claro sentimiento de la responsabilidad que esta hora nos demarca, ha adoptado una actitud seriamente defensiva de las fuentes de riqueza y de la independencia económica de la nación, base de su independencia política.

La defensa de la independencia económica es verdaderamente la cuestión capital. En toda la América Latina existen núcleos de hombres conscientes que agitan esta cuestión capital y han comenzado la defensa y la lucha. Las mujeres americanas—ya que se trata de un problema especial y exclusivamente americano—no pueden permanecer indiferentes ante intereses tan vitales como los que en este asunto se debaten. Al decir las mujeres, me refiero a todas aquellas de quienes son representantes las que asisten a este Congreso; a las mujeres que sin dejar de cumplir el imperativo que les impone su sexo, han sabido incorporar a su naturaleza elementos "humanos", que les confieren carta de ciudadanía en el elevado terreno del pensamiento. Porque la mujer contemporánea ha conquistado, con su amor y con su sacrificio, el más difícil de ejercer de todos los derechos, que es el derecho de pensar.

Es, pues, necesario que la mujer demuestre en todos los momentos que esta conquista no ha sido hecha por casualidad y que es digna de lo conquistado. Y

A JUANA DE IBARBOUROU ALFREDO L. PALACIOS

Un precursor de la América nueva

Compañera: Ninguna conquista ha podido llenarnos de más justo optimismo a los que militamos en las filas revolucionarias del APRA, tanto como la noticia de su adhesión franca y sincera a nuestra Alianza, llegada por intermedio del órgano de la Unión Latinoamericana. Y digo ninguna, porque en la tarea dura de luchar contra el imperialismo y sus cómplices, que lo son la mayor parte de los gobernantes de nuestros pueblos, no sólo tropezamos con su indiscutible fuerza hecha a base de esclavitud del hombre por la necesidad económica, sino también con aquellos que a pesar de estar empeñados en la misma lucha, desconocen nuestra labor y se suman a los enemigos, en una inconsciente y suicida alianza, combatiéndonos y tratando de desprestigiar ante las masas de trabajadores manuales e intelectuales del continente la obra del APRA, que nosotros conceptuamos como la única que ha podido encauzar el sentimiento antiimperialista y unionista de nuestros pueblos con visión social.

La adhesión suya, compañera, se viene a sumar a la de otros nombres de reconocido prestigio intelectual y que tienen larga hoja de servicios en favor de la causa de los pueblos indolatinos. Froylán Turcios, el valiente director de la revista "Ariel", órgano de la defensa caragüense, Alberto Masferrer, Joaquín García Monje, la educadora centroamericana Carmen Lyra, son las firmes conquistas que han obtenido la labor firme y consecvente a sus postulados, que realiza el APRA. Intelectuales todos que habiendo comprendido hace mucho tiempo el deber de todos los hombres y mujeres responsables de Iberoamérica, sólo esperaban un organismo capaz de agruparlos para una mejor labor disciplinada y armónica.

Varias son las mujeres que, silenciosamente, como simples soldados de una causa, luchan dentro de nuestras filas, aportando su buena voluntad y su acción decidida a nuestra obra. Sin embargo, ello no era bastante a quitarnos el pesimismo que ya tenemos de la mujer iberoamericana. Desgraciadamente, una honda indolencia espiritual y física—herencia de la colonia—caracteriza a nuestras mujeres, y así, las que mejor podían colaborar a la emancipación continental al lado del hombre, siguen en sus puestos de frialdad y femineidad humillante. Es indudable que la lucha revolucionaria requiere una férrea disciplina, que no son capaces de tenerla muchas mujeres de América nuestra. Pero esa incapacidad está basada en un viejo prejuicio de inferioridad, en una modorra espiritual que la fuerza de las nuevas convicciones puede muy bien desarraigar. El sentimiento de responsabilidad es demasiado fuerte todavía para que puedan aceptarlo las débiles voluntades femeninas. No importa que en muchas de ellas existan ciertos arrebatos revolucionarios, si ellos no han de traducirse sino en palabras. Si el divisionismo es uno de nuestros males congénitos y causantes de que de él se aproveche la ambición de los imperialistas extranjeros, la falta de estabilidad en nuestras convicciones, la ninguna responsabilidad ante el deber son también los factores de esta desorganización casi anárquica en que viven los pueblos hermanos del Continente Iberoamericano. De estos defectos espirituales quizá si a la mujer le toque el mayor porcentaje.

El APRA, precisamente, ha venido a uno de los primeros problemas que se presentan ante la mujer americana, es el del imperialismo estadounidense. Ya algunas han ocupado y ocupan frente a él un puesto de combate al lado de los hombres; pero son excepciones, casos aislados. Ha llegado el momento de que las mujeres de América, colectivamente, pronuncien su palabra sobre la doctrina de Monroe, es decir, sobre el momento histórico que viven hoy las dos Américas.

Queda todavía una aclaración por hacer: considerar como enemigo a Estados Unidos y defenderse contra sus propósitos imperialistas, no implica en manera alguna una manifestación de sentimientos hostiles hacia el pueblo de aquel Estado. Las clases productoras, los intelectuales, todos aquellos que sufren también dentro de su propio país la explotación del capitalismo, merecen, desde luego, nuestro respeto y nuestro amor. Y es conveniente expresar y puntualizar que los hijos de Estados Unidos que comprendan la justicia y sean capaces de amarla, tienen y tendrán siempre abiertos el corazón y los brazos fraternales de Latinoamérica.

organizar. Ha comprendido que sólo un fuerte organismo responsable, emanado de nuestras propias necesidades, de acuerdo con las condiciones económicas, sociales y políticas de nuestros pueblos y con la realidad histórica que vivimos, podría realizar la emancipación de la América Latina, mediante su unificación para presentarse en frente unido contra el imperialismo absorbente y contra los despojos de sus propios sistemas de gobierno.

El APRA es un organismo de reciente fundación, pero de larga y consciente preparación. Algo más: nuestro organismo ha declarado sus puntos fundamentales de lucha una vez que definió su propia doctrina, tomada del ambiente latinoamericano, donde hace tiempo viene perfilándose un nuevo concepto de la justicia social, de la organización económica del mundo, después de las grandes experiencias históricas que nos han proporcionado las revoluciones rusa y mexicana.



MAGDA PORTAL

El APRA, así, no puede ser para simples *Abettantis*, a quienes entusiasman todos los nuevos gestos, como las nuevas escuelas de arte, transitorias y ficticias. Dentro de su organización se requiere una gran vocación revolucionaria, una fuerte disciplina, un absoluto sacrificio personal en pro de los derechos colectivos que propugnamos.

Dentro del APRA hay que luchar día a día, avanzando paso a paso en el terreno de las conquistas. Hace cinco años nuestro grupo era pequeño, aunque alentado por una fuerte y tenaz esperanza. Hoy en casi todos los países indolatinos contamos con grupos no numerosos, pero decididos y disciplinados, capaces de llevar sus convicciones hasta el triunfo. Centro América hoy es totalmente aprista, si no contamos, claro, a los gobiernos vergonzosos que sirven eficazmente al imperialismo extranjero.

Una nueva era de lucha se vislumbra en el horizonte de nuestra América, lucha por los más elementales derechos del hombre. El feudalismo heredado de la Colonia, la República corrompida en manos de esclavos incapacitados para comprender sus deberes, hacen de más de 90 millones de hombres una masa inconsciente en la que una infima minoría hace producir en el dolor y la miseria a la gran mayoría explotada.

CONCLUSIONES

I.—El III Congreso Internacional Femenino, reunido en la ciudad de Buenos Aires, resuelve:

I.—Declarar que la doctrina Monroe, desvirtuada por el imperialismo estadounidense, es una fórmula peligrosa y amenazante para todas las nacionalidades latinoamericanas.

II.—Adherir al programa doctrinario y de acción de la Unión Latinoamericana.

III.—Dirigir una petición al Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, recabando la autorización necesaria para dictar, mensualmente, en el período comprendido de abril a setiembre, y ante los alumnos del último año de las escuelas normales y colegios nacionales, una conferencia sobre el problema del petróleo y otros asuntos que tengan atinencia con la defensa de la independencia económica de la Nación.

IV.—Encargar a las delegadas de cada una de las naciones de Latinoamérica representadas en este Congreso, la realización de una acción semejante en sus respectivos países.

Pocas personalidades en América Latina y ninguna en la República Argentina, después de la muerte del ilustre maestro José Ingenieros, tienen tanta autoridad moral sobre la juventud de nuestros países como Alfredo L. Palacios. En él se reúnen eminentes cualidades: intelectual de una gran cultura, brillante orador, sabio profesor universitario, Palacios es un hombre de larga carrera política que despierta admiración, no solamente por su talento y su cultura, sino también por la fidelidad a sus principios y por su amor profundo a todos los pueblos latinoamericanos, que forman su "patria ideal". En su juventud, Palacios fué un estudiante inquieto por todos los problemas superiores. Elegido primer diputado socialista al Parlamento argentino, en esta calidad fué el autor de las primeras leyes sobre el trabajo de las mujeres y de los niños en nuestros países. Los brillantes discursos de Palacios durante la discusión de esta ley, han marcado una época en la historia parlamentaria argentina.

En su cátedra universitaria, Palacios ha sabido conservar su posición avanzada. Pocos profesores han podido armonizar en sus países el trabajo disciplinado y profundo de la salubridad con la inquietud juvenil y vibrante de la revolución. Palacios es uno de los propagandistas más decididos de la Revolución Universitaria emprendida por los estudiantes en 1918 y extendida en seguida a todos los países latinoamericanos. Este movimiento avanzó triunfalmente y Palacios fué promovido al decanato de la Facultad de Ciencias Sociales de La Plata, en cuyo cargo se entregó devotamente a la obra de realizar los ideales proclamados por la revolución universitaria.

Pero lo más admirable en Palacios es su eterna juventud espiritual. Palacios está siempre al lado de los jóvenes y ama como suyas sus inquietudes y sus deseos. Después de la revolución universitaria, los estudiantes latinoamericanos quisieron que la Universidad se aproximara al pueblo y estudiase integralmente los problemas sociales. En algunos países, como Chile, Perú, Cuba, Guatemala, etc., los estudiantes fundaron las Universidades Populares, unión dese a los obreros. Ésta fué la primera idea de un frente único de Trabajadores Manuales e Intelectuales. Pero los gobernantes reaccionarios ensayaron entonces destruir esta alianza, considerándola peligrosa para los intereses de la clase dominante. En algunos países la

estudiante universitaria, Palacios es su eterna juventud espiritual. Palacios está siempre al lado de los jóvenes y ama como suyas sus inquietudes y sus deseos. Después de la revolución universitaria, los estudiantes latinoamericanos quisieron que la Universidad se aproximara al pueblo y estudiase integralmente los problemas sociales. En algunos países, como Chile, Perú, Cuba, Guatemala, etc., los estudiantes fundaron las Universidades Populares, unión dese a los obreros. Ésta fué la primera idea de un frente único de Trabajadores Manuales e Intelectuales. Pero los gobernantes reaccionarios ensayaron entonces destruir esta alianza, considerándola peligrosa para los intereses de la clase dominante. En algunos países la

estudiante universitaria, Palacios es su eterna juventud espiritual. Palacios está siempre al lado de los jóvenes y ama como suyas sus inquietudes y sus deseos. Después de la revolución universitaria, los estudiantes latinoamericanos quisieron que la Universidad se aproximara al pueblo y estudiase integralmente los problemas sociales. En algunos países, como Chile, Perú, Cuba, Guatemala, etc., los estudiantes fundaron las Universidades Populares, unión dese a los obreros. Ésta fué la primera idea de un frente único de Trabajadores Manuales e Intelectuales. Pero los gobernantes reaccionarios ensayaron entonces destruir esta alianza, considerándola peligrosa para los intereses de la clase dominante. En algunos países la

estudiante universitaria, Palacios es su eterna juventud espiritual. Palacios está siempre al lado de los jóvenes y ama como suyas sus inquietudes y sus deseos. Después de la revolución universitaria, los estudiantes latinoamericanos quisieron que la Universidad se aproximara al pueblo y estudiase integralmente los problemas sociales. En algunos países, como Chile, Perú, Cuba, Guatemala, etc., los estudiantes fundaron las Universidades Populares, unión dese a los obreros. Ésta fué la primera idea de un frente único de Trabajadores Manuales e Intelectuales. Pero los gobernantes reaccionarios ensayaron entonces destruir esta alianza, considerándola peligrosa para los intereses de la clase dominante. En algunos países la

estudiante universitaria, Palacios es su eterna juventud espiritual. Palacios está siempre al lado de los jóvenes y ama como suyas sus inquietudes y sus deseos. Después de la revolución universitaria, los estudiantes latinoamericanos quisieron que la Universidad se aproximara al pueblo y estudiase integralmente los problemas sociales. En algunos países, como Chile, Perú, Cuba, Guatemala, etc., los estudiantes fundaron las Universidades Populares, unión dese a los obreros. Ésta fué la primera idea de un frente único de Trabajadores Manuales e Intelectuales. Pero los gobernantes reaccionarios ensayaron entonces destruir esta alianza, considerándola peligrosa para los intereses de la clase dominante. En algunos países la

estudiante universitaria, Palacios es su eterna juventud espiritual. Palacios está siempre al lado de los jóvenes y ama como suyas sus inquietudes y sus deseos. Después de la revolución universitaria, los estudiantes latinoamericanos quisieron que la Universidad se aproximara al pueblo y estudiase integralmente los problemas sociales. En algunos países, como Chile, Perú, Cuba, Guatemala, etc., los estudiantes fundaron las Universidades Populares, unión dese a los obreros. Ésta fué la primera idea de un frente único de Trabajadores Manuales e Intelectuales. Pero los gobernantes reaccionarios ensayaron entonces destruir esta alianza, considerándola peligrosa para los intereses de la clase dominante. En algunos países la

estudiante universitaria, Palacios es su eterna juventud espiritual. Palacios está siempre al lado de los jóvenes y ama como suyas sus inquietudes y sus deseos. Después de la revolución universitaria, los estudiantes latinoamericanos quisieron que la Universidad se aproximara al pueblo y estudiase integralmente los problemas sociales. En algunos países, como Chile, Perú, Cuba, Guatemala, etc., los estudiantes fundaron las Universidades Populares, unión dese a los obreros. Ésta fué la primera idea de un frente único de Trabajadores Manuales e Intelectuales. Pero los gobernantes reaccionarios ensayaron entonces destruir esta alianza, considerándola peligrosa para los intereses de la clase dominante. En algunos países la

estudiante universitaria, Palacios es su eterna juventud espiritual. Palacios está siempre al lado de los jóvenes y ama como suyas sus inquietudes y sus deseos. Después de la revolución universitaria, los estudiantes latinoamericanos quisieron que la Universidad se aproximara al pueblo y estudiase integralmente los problemas sociales. En algunos países, como Chile, Perú, Cuba, Guatemala, etc., los estudiantes fundaron las Universidades Populares, unión dese a los obreros. Ésta fué la primera idea de un frente único de Trabajadores Manuales e Intelectuales. Pero los gobernantes reaccionarios ensayaron entonces destruir esta alianza, considerándola peligrosa para los intereses de la clase dominante. En algunos países la

estudiante universitaria, Palacios es su eterna juventud espiritual. Palacios está siempre al lado de los jóvenes y ama como suyas sus inquietudes y sus deseos. Después de la revolución universitaria, los estudiantes latinoamericanos quisieron que la Universidad se aproximara al pueblo y estudiase integralmente los problemas sociales. En algunos países, como Chile, Perú, Cuba, Guatemala, etc., los estudiantes fundaron las Universidades Populares, unión dese a los obreros. Ésta fué la primera idea de un frente único de Trabajadores Manuales e Intelectuales. Pero los gobernantes reaccionarios ensayaron entonces destruir esta alianza, considerándola peligrosa para los intereses de la clase dominante. En algunos países la

unión de obreros y estudiantes fué sellada por un pacto de sangre; en Chile en 1920, en Perú en 1923. Sobre las tumbas de los trabajadores manuales e intelectuales masacrados por la reacción, esta unión se hizo más firme todavía. En 1923, la nueva generación latinoamericana lanzó su primera concepción concreta: "el peligro de la América Latina es el peligro yanqui, y nuestra unión política y económica es nuestra mejor defensa". En 1924 se fundó el primer frente único de Trabajadores Manuales e Intelectuales de América Latina (APRA). El APRA proclama cinco grandes puntos internacionales: contra el imperialismo yanqui, por la unidad política y económica de los pueblos de América Latina, por la nacionalización de tierras e industrias, por la internacionalización del canal de Panamá y por la solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidas del mundo. Este movimiento surgió de la juventud de trabajadores manuales e intelectuales agrupados en las Universidades Populares. Los gobernantes actuales quisieron reprimirlo. En algunos países, como en el Perú, esta represión fué durísima, y centenares de estudiantes, obreros, intelectuales, miembros del "Apra", fueron aprehendidos o desterrados. Pero, a pesar de todo, las filas del "Apra" son cada vez más numerosas. Palacios no podía desear nuestros llamados. Retirado de la política activa, vuelve a la lucha, atendiendo el llamado de la juventud. Como presidente de la "Ula", organización antiimperialista de intelectuales, se adhirió al "Apra" junto con esa gran asociación internacional. Palacios se hace así soldado del frente antiimperialista y la salud con gran optimismo: "Si el 'Apra' logra conseguir los nobles fines que persigue, América Latina iniciará promisoramente la etapa socialista de la nueva cultura". En un reciente discurso, pronunciado en el Instituto Popular de Conferencias de Buenos Aires, Palacios dijo que el Apra es el partido internacional de la nueva generación latinoamericana, y que su misión histórica es evidente.

Palacios, "el precursor", es hoy uno de los más grandes maestros de la juventud latinoamericana y uno de los más queridos camaradas en las filas del frente antiimperialista. "Europa", al publicar su mensaje a la "juventud norteamericana, permite a los pueblos de lengua francesa conocer, no solamente la justicia de la causa latinoamericana, sino también la personalidad ilustre de uno de sus más grandes defensores.

Contra este régimen se levanta el APRA. Y para realizar sus postulados necesitamos de todos los soldados que pueda darnos el anhelo de reivindicaciones que existe en todos los oprinidos del mundo.

Los que creen que los intelectuales, los artistas, los poetas, no son un gran aporte a la obra de mejoramiento social en que está empeñado el mundo, se equivocan. No cabe duda que son las masas las que con su obscuro instinto señalan el mal y la forma de combatirlo; pero también es indudable que el intelectual, el artista, el poeta, realizan dentro de su alto rol cultural, una obra meritisima agitando en belleza la conciencia de las multitudes.

Nosotros estamos en los comienzos de la lucha y necesitamos agrupar a todos, hombres y mujeres, intelectuales y artesanos, maestros de escuela, empleados, clases medias, en un frente único contra el imperialismo opresor y contra las oligarquías dominantes, primera etapa en nuestra acción para obtener la emancipación definitiva de varios millones de hombres oprimidos.

De allí que dentro de nuestros filas el intelectual adquiere un nuevo significado. Ya no el simple productor de belleza o pensamientos más o menos al servicio de una clase, sino el soldado que pone al servicio de la causa común su talento y su convicción revolucionaria.

Al ingresar al APRA, pues, compañera, habéis asumido un deber superior a cualquier otro, y nosotros estamos seguros que no veremos defraudada nuestra esperanza al confiar en vuestra labor dentro de nuestro organismo, de acuerdo con la urgencia del momento y la trascendencia de la causa.

Creo que ha llegado felizmente la hora de que la mujer iberoamericana desempeñe su verdadero rol activo y de dignificación humana. La victoria del APRA, de

Vuestra compañera en el APRA, México, D. F., octubre de 1928.

(1) Decimos "los fundadores", puesto que no fué esta una inspiración repentina de Monroe, sino que estaba por entonces en la mente y en la palabra de los más hábiles hombres de estado como Adams y Jefferson.